

EL LEÑADOR Y EL ÁRBOL

2º-3º

“Se dice que los árboles llegaron a tierras mayas con una misión susurrada por los dioses”.

Desde su llegada, aguardan silenciosos el día en que serán reconocidos por los Hombres, despertando en ellos admiración y respeto. Así, algunos curan fiebres, otros proveen de madera para construir y otros más tienen como misión la cura de enfermedades graves.

De todos los árboles que habitan las tierras, existió uno que en su silencio encerraba una tristeza infinita. Sus hojas, que eran su contacto con el cielo, se encontraban caídas y ennegrecidas, pues aquel gran árbol que un día había sido inmensamente feliz, ahora suspiraba cabizbajo. Un día comenzó en el bosque la tala de árboles, de aquéllos cuya misión era entregar su madera esperaban el momento de la caída.

—¡No!, a mí no —gritó el gran árbol al sentir la muerte cerca.

El campesino, que llevaba varios árboles talados, guardó un silencio profundo y al no observar a ningún semejante se preguntó a sí mismo:

—¿Quién habrá dicho eso?

El árbol le contestó

—He sido yo ¿no me ves? Mi nombre es Chiricote.

El campesino, sin dar crédito a lo que le acababa de suceder, dijo:

—¿Un árbol que habla?, eso es algo que jamás había visto, ¿A caso todos los árboles tienen esa capacidad?

Serenamente el árbol le explicó lo siguiente:

—Los árboles somos la comunicación entre los tres niveles del cosmos, las hojas nos conectan al cielo, las raíces al subterráneo y el tronco es nuestro contacto con lo terrenal, por lo que algunas veces en situaciones complicadas nos es permitido hablar.

—Pero entonces, ¿por qué los demás árboles no hablaron mientras los talaba? Mi intención no es mala, es solo que aquí pienso cosechar para poder vivir.

—Aquellos árboles no hablaron porque su misión consistía en dar su madera. La mía es otra y con el tiempo llegarás a conocer los beneficios que te traerá tenerme aquí y cuidarme.

Ante esa respuesta el campesino quedó pensativo y, tras llamarlo varias veces sin obtener respuesta, continuó con los trabajos de tala que realizaba, aunque respetando al árbol.

Con el pasar de los días el campesino puso especial cuidado en el árbol y demás plantas vitales. El Chiricote fue extendiendo sus ramas al cielo como cuando era el árbol más feliz que habitaba la tierra y el campesino se admiraba ante los colores de sus hojas, que le servían para limpiar los platos y los hermosos frutos que brotaban de él eran recogidos y servían de alimento para él y su familia.

Mientras el campesino descansaba bajo la sombra del Chiricote, el árbol se alegraba de seguir en la tierra y entre ambos haber logrado convivir.

EL CUIDADOR DEL BOSQUE

2º-3º

*“Cuentan por ahí que los hombres fueron creados con maíz,
que encontraron los dioses guiados por un pájaro”*

También se dice que, aventando granos de maíz al viento, uno puede conocer su suerte. Esto forma parte de las historias el que los dioses crearon a los hombres porque necesitaban ser alabados, y que ahí donde todo era oscuridad, llevaron la luz diurna en las alas de un enorme pájaro, permitiendo que los hombres y animales pudieran convivir. El tiempo pasó y se llevó consigo el equilibrio que existía entre animales y humanos. Los bosques que anteriormente se encontraban repletos habían perdido su verdor, y el número de especies que los habitaba era cada vez menor. Todo esto, dicen, sucedió porque los grandes no supieron cuidar de la naturaleza, y los jóvenes no tuvieron quién les enseñara.

Lo único que quedaba en la mente de los Hombres era el saber que los dioses habían dejado a los humanos hacer uso de la naturaleza para su beneficio, pero habían olvidado que la conciencia y la gratitud formaban parte del permiso.

Sin embargo, había sobre la Tierra un hombre al que visitaron el dios de la Lluvia y el dios del Monte. Al recibir la visita, Quiiej, a quien llamaban así por ser cuidador del bosque, se sintió sumamente halagado. Los dioses le advirtieron que, si los árboles y animales del bosque seguían desapareciendo, terminarían con la vida de todos los humanos, destruyendo montes e inundando todo con su furia.

Una vez recibido el mensaje, Quiiej quedó solo y lleno de dudas. Sin compartir con nadie lo que los dioses le habían revelado, comenzó a hacer un inventario de todo lo que componía el bosque: caminó por horas contando tanto árboles como hierbas, animales grandes y pequeños, troncos que habían sido macheteados y hasta huesos de los animales del lugar. Una vez completa la lista, se dedicó a asegurar que todo estuviera en su lugar, pero pronto se percató de que faltaban flores y los cantos de las aves ya no eran tan abundantes, por lo que decidió buscar a los responsables.

Alrededor de la comunidad corrió el rumor de que el cuidador del bosque comenzaba a defender el lugar como nunca lo había hecho, y que aquéllos que se negaran a acatar las nuevas reglas serían condenados.

Días más tarde, Quiiej recibió una segunda visita de los dioses. Con gran temor, éste les dio el reporte de los animales que habitaban el bosque, así como las plantas y árboles que ocupaban el espacio y, con todo el pesar de su alma, reveló cuántos habían desaparecido. Hincado y con la mirada clavada en el piso, el cuidador se puso a disposición de los grandes señores.

Después de meditar unos instantes, los señores del Monte y la Lluvia respondieron al joven que su trabajo estaba hecho: el conocimiento sobre aquellos elementos del bosque que se habían perdido era el inicio para salvarlo, y de ese momento en adelante le comunicarían las funciones de cada planta y cada árbol, para que él difundiera la palabra y enseñara a la comunidad a conservarlo.

Una vez más, los señores desaparecieron y Quiiej comenzó a escribir los saberes que le habían sido transmitidos. A partir de entonces el cuidador se dedicó a realizar la tarea que le había sido encomendada, de tal forma que el bosque recobró el verdor y los sonidos desaparecidos recorrían nuevamente las tierras.

LA LUZ PERDIDA

3º-4º

*La gran sábana de luces que cubre los espacios sagrados
perdió súbita e inexplicablemente a la más brillante de todas sus luces.*

En un primer momento la desaparición fue ignorada, pero al poco tiempo todos los seres sobre la tierra rompieron en llanto, desesperados. La noche transcurría y nadie se explicaba su desaparición, los habitantes plagaron sus tierras de súplicas y rituales, mientras los sabios se dedicaban a estudiar el inusitado fenómeno.

La comunidad, dividida por el odio y las envidias, temía por su vida.

¿Cuántas cosas cambiarían ahora que esa luz los había abandonado?

¿Cómo era posible su desaparición?

Los días transcurrieron entre incertidumbre y grandes cambios: las cosas se alineaban de forma distinta, los templos se iluminaban en lugares inesperados y de forma intermitente, las sombras ya no aparecían reflejadas en los lugares acostumbrados, y el temor por el posible enojo de los dioses ante el desastre se había adueñado de los aldeanos.

Probablemente Quetzalcóatl no bajaría de la pirámide, tal vez no encontraría cómo, los rituales se quedarían incompletos y entonces el pueblo quedaría perdido. Los mares subirían enfurecidos, la tierra no daría más frutos, los lagos serían absorbidos y tal vez un día no saldría más el sol. Se esperaba que aquello que anteriormente iluminaba el negro de la noche, caería sobre todos y para la eternidad.

Sin embargo, un día una pequeña niña llamada Amaité encontró en el bosque una pequeña piedra cristalina que, aunque estaba cuarteada, prendía y apagaba. Sin pensarlo dos veces la tomó con sus pequeñas manos y la llevó a su hogar. Nadie notó la presencia de aquel mineral precioso. Amaité llevaba su piedra a las reuniones y observaba como ésta iba perdiendo fragmentos. Por las noches la colocaba al lado de su almohada y en sueños veía escenas de odio y violencia.

Al pasar los días, Amaité comenzó a notar cambios en su reflejo: cuando se miraba en las aguas del río, ahora veía a su estrella perdida entre los ojos. Sin embargo, incrédula, la chica guardaba silencio.

En su comunidad comenzó a organizar reuniones, y sus llamados unían a la gente que se había distanciado antes de la oscuridad. Con ayuda de los más sabios ideó nuevos rituales para devolverle la luz a aquella estrella. La gente comenzó a ser más amable, todos comenzaban a reconocerse y en cada ritual se podía sentir entre los miembros una fuerza que nunca antes se había sentido.

Amaité ya no podía ocultar el brillo en sus ojos, que de noche brillaban emitiendo una luz plateada capaz de iluminar cualquier sendero oscurecido. La gente empezó a albergar esperanza en su seno, y mientras más fe existía, menos grietas tenía la piedra cristalina. Un día Amaité decidió llevar la piedra mágica a uno de los rituales; la colocó en medio de todos y comenzaron las actividades. Para sorpresa de los presentes, Amaité cayó repentinamente al suelo y sus ojos brillaron con más fuerza que nunca iluminando el cielo, su piel se convirtió en un reflejo de aquel manto alguna vez estrellado que rodeaba todo y perdió control de sí. Entonces, la gente miró al cielo y observó a la añorada luz brillante de vuelta en el firmamento.

Amaité volvió en sí poco después y como regalo de la luz que había unido a su comunidad, sus ojos brillaron plateados por siempre.

YAAX Y LAS PLANTAS

3º-4º

(Cuento para hacer sentir a los niños que no se puede maltratar las plantas)

Por tierras mayas corre una voz que de boca en boca va contando historias. Cuando sucede, los árboles se ensanchan y los ríos bailan pues el aire, que lleva palabras consigo, cura los males de la tierra. Se dice que en aquellas tierras las casas y caminos se llenaban con plantas de pequeñas hojas y pétalos blancos que la gente maltrataba. Los niños las arrancaban desde el tallo, lastimando sus raíces, y los adultos las cortaban con machetes creyendo que las florecillas perjudicaban al resto de las plantas y cultivos.

A Yaax le encantaba arrancar plantas, con el único propósito de sentir el crujido de los tallos entre sus manos y escuchar el sonido que emitían al romperse. Una vez arrancadas, simplemente las aventaba.

Su abuelo solía advertirle:

—Algún día las plantas se querrán cobrar lo que les haces—

A lo que Yaax respondía sonriendo y, por no importunar a su abuelo, dejando por el momento de arrancar las plantas.

Yaax no era malo, simplemente no entendía lo que su abuelo le decía. De grande era admirado por su fortaleza y de niño había sido querido por todos debido a su simpatía. Sin embargo, testarudo e incrédulo como era, durante todos esos años había seguido quitando plantas.

Las advertencias de su abuelo le parecían absurdas y más de una vez comentaba entre sus risueños amigos la ridiculez de una posibilidad como la de que las plantas le castigaran.

Los días transcurrían sin nada que perturbara la tranquilidad del chico hasta que un día lo despertaron unos gritos provenientes del cuarto de sus abuelos. Sonaban dolorosos, como si quien estuviera emitiendo los sonidos fuera presa de un dolor terrible así que,

temeroso, se apresuró al cuarto de su abuela. Al entrar al cuarto la encontró sola, gritando por un intenso dolor en las piernas que las medicinas ya no mitigaban.

Al poco rato el abuelo, con los ojos bañados en lágrimas, pidió a Yaax que saliera a buscar la planta que tanto le gustaba arrancar, pues era el único remedio para el dolor de su abuela.

Yaax, desesperado, siguió las indicaciones de su abuelo. Las recordaba bien, y aunque no se explicaba como aquello calmaría el dolor de su abuela, salió en busca de las plantas.

Caminó y caminó sin encontrar nada. Los caminos que antes habían sido verdes estaban ahora desiertos y Yaax supo entonces que se había equivocado al arrancar tantas plantas, pues para su abuela ya no había ninguna.

Decepcionado, después de haber andado la noche entera, volvió a casa con un pequeño puñado de hojas que su abuelo rápidamente puso a hervir. Al poco tiempo de haber tomado la infusión, Su abuela dejó de quejarse se sumió en sueños. Su abuelo le agradeció y lo miró por unos instantes a los ojos y justo en ese momento Yaax se dio cuenta de que lo que las plantas le habían dado era la más sabia de las enseñanzas.

Aportación de Mónica Rubalcaba